

GALBRAITH: EL ECONOMISTA CON UN OBJETIVO PÚBLICO

GALBRAITH: THE ECONOMIST WITH A PUBLIC PURPOSE

Antonio Nogueira¹

Universidad Rey Juan Carlos

Fecha de recepción: 10.01.2019

Fecha de aceptación: 03.04.2019

Resumen

"En Economía, lo que es absolutamente misterioso carece probablemente de importancia", señaló en varias ocasiones John Kenneth Galbraith (1908-2006) acerca del lenguaje económico habitual en comparación con la terminología empleada por otras ciencias sociales. No obstante, el economista keynesiano e institucionalista norteamericano advertía que dicha afirmación no excusaba a nadie de dominar las ideas y el aparato conceptual fundamentales de la disciplina. Autor de la trilogía *La sociedad opulenta* (1958), *El nuevo Estado industrial* (1967) y *La economía y el objetivo público* (1973), que obtuvo un amplio reconocimiento de crítica y lectores; editor de la revista *Fortune* en la inmediata postguerra; consejero de los presidentes Roosevelt, Truman, Kennedy y Johnson, así como articulista y escritor de éxito, Galbraith combatió lo que denominó "sabiduría convencional": la aceptabilidad social de los principios de la economía neoclásica. Para ello, el profesor de la Universidad de Harvard atrajo a un público numeroso con el propósito de imponer determinadas cuestiones a los economistas. Galbraith estimaba que si los postulados de la "sabiduría convencional" eran vulnerables, irreales, la intuición ciudadana respondería. Asimismo, Galbraith fue pionero en la difusión televisiva de las ideas económicas y sus consecuencias a través de la serie que protagonizó para la BBC *La era de la incertidumbre* (1977).

Palabras Clave: *Papel de la Economía y los economistas, Galbraith.*

Abstract

"In Economics, what is absolutely mysterious is probably unimportant," said John Kenneth Galbraith (1908-2006) on several occasions about the usual economic language in comparison to the terminology used by other social sciences. Nonetheless, the american economist warned that this statement didn't excuse anyone from mastering the fundamental ideas and conceptual apparatus of the discipline. Author of the trilogy *The Opulent Society* (1958), *The New Industrial State* (1967) and *The Economy and the Public Purpose* (1973), which received wide recognition from critics and readers; editor of *Fortune* in the immediate postwar period; Counselor of the presidents Roosevelt, Truman, Kennedy and Johnson, as well as a successful columnist and writer, Galbraith fought what he called "conventional wisdom": the social acceptability of the principles of neoclassical economics. With this objective, the professor at Harvard University attracted a large audience with the purpose of imposing certain issues on economists. Galbraith estimated that if the postulates of "conventional wisdom" were vulnerable, unreal, citizen intuition would respond. Finally, Galbraith was a pioneer in the television broadcast of economic ideas and their consequences through the series that starred for the BBC *The Age of Uncertainty* (1977).

Keywords: *Role of Economics and Economists, Galbraith.*

JEL: A11, B31.

¹ antonio.nogueira@urjc.es

INTRODUCCIÓN

Nacido en el sur de Ontario (Canadá), la existencia de John Kenneth Galbraith (1908-2006) transcurrió entre el auge del movimiento reformista norteamericano, a inicios del siglo XX, y los prolegómenos de la Gran Recesión de 2007. Dada su larga trayectoria, tituló en 1981 significativamente sus memorias *Una vida de nuestro tiempo*. Hijo de un agricultor y líder local del Partido Liberal contrario a la leva militar durante la Primera Guerra Mundial, así como partidario de la legislación progresista en aquel país, la actividad política representó un papel relevante a lo largo de la vida y obra de este economista institucionalista y keynesiano norteamericano. Tras sus primeros pasos al comienzo de la década de 1930 como economista agrario en las Universidades de Berkeley y Harvard, siendo entonces el Departamento de Agricultura el área más avanzada del Gobierno, colaboró en varios proyectos durante 1938 con Henry S. Dennison, un empresario manufacturero afín al *New Deal*, quien le puso pronto en conocimiento de los manejos de los lobbies de negocios en el Washington de Franklin D. Roosevelt. Tras su experiencia en varias agencias gubernamentales, en la Segunda Guerra Mundial Galbraith fue nombrado director de la Oficina de Control de Precios (1941-1943), con una ejecutoria que logró duplicar la producción industrial sin inflación ni desempleo. Al frente de la Oficina de Control de Precios obtuvo una opinión poco entusiasta acerca del desempeño de los grandes empresarios al esfuerzo bélico. En 1945 dirigió la Strategic Bombing Survey que dictaminó los efectos limitados de la fuerza aérea norteamericana sobre suelo enemigo, siendo sus colaboradores Nicholas Kaldor, E.F. Schumacher, Paul Baran y Tibor Scitovsky. Asimismo, fue responsable económico del Departamento de Estado en las zonas de ocupación alemana y austriaca durante 1946. Antes de su regreso a Harvard en 1948, en su camino hacia la cátedra, en calidad de editor de *Fortune* –la afamada revista cuyo propietario era el republicano Henry Luce–, Galbraith se inmunizó permanentemente "contra la mitología de los manuales de economía neoclásica, y su imagen de un mundo de empresas competitivas, en las cuales la autoridad y la propiedad coinciden en una sola persona y la guía corresponde a un solo cerebro" (Galbraith, [1981] 1982, 304). Consejero presidencial de Roosevelt, Truman, Kennedy y Johnson, junto al historiador Arthur M. Schlesinger Jr. creó la organización *American for Democratic Action* con el fin de preservar en la era Eisenhower el liberalismo rooseveltiano. Embajador en India (1961-1963) bajo la Administración Kennedy, su filiación demócrata no le impidió reconvenir, en el cenit de su influencia pública, a Lyndon B. Johnson por la escalada militar estadounidense en el conflicto de Vietnam. Condecorado dos veces con la Medalla Presidencial de la Libertad por Harry S. Truman y Bill Clinton, siendo su testamento intelectual *La economía del fraude inocente* (2004), las contribuciones de Galbraith al pensamiento económico parecen merecer, dadas las sucesivas reediciones de conocidos títulos suyos, por distinta clase de lectores una atención duradera.

INFLUENCIAS Y RETÓRICA EN GALBRAITH

A lo largo de su dilatada carrera académica, Galbraith publicó alrededor de cincuenta obras que vendieron más de siete millones de ejemplares, convirtiéndose así, sino en el economista más brillante ni el más dotado técnicamente, sí en uno de los economistas más versados del siglo XX (Parker, 2004, 89). En este sentido, su principal contribución teórica quedó prefigurada en *Capitalismo americano* (1952), para desarrollarse después con claridad en su trilogía *La sociedad opulenta* (1958), *El nuevo Estado Industrial* (1967) y *La economía y el objetivo público* (1973). En su raíz, la tesis galbraithiana cuestiona que las ideas económicas, las cuales antaño interpretaron un mundo de pobreza, hayan hecho tan poco esfuerzo a la hora de adaptarse al presente mundo de abundancia que ha configurado la gran empresa (Dunn y Pressman 2007: 181).

Analista de la pobreza de las masas; economista desconfiado del monetarismo; historiador de las ideas y los acontecimientos económicos, desde su estancia en Berkeley, Galbraith se familiarizó con las enseñanzas de Adam Smith, David Ricardo, Karl Marx, los historicistas alemanes (sobre todo, Werner Sombart) y los primeros escritos de John Maynard Keynes (Galbraith 1982: 41). Cuando marchó a

Cambridge en 1937 como estudiante postdoctorado, recuerda que era obligación entender al completo los *Principios de Economía* de Alfred Marshall. De Keynes, asimismo, manifestó la epifanía que supuso la *Teoría General* para los jóvenes economistas de Harvard después del crack bursátil de 1929. A su juicio, fue un remedio a dicha aflicción que no destruía el sistema, sino que lo salvaba:

"Los que piensan en conspiraciones y maniobras clandestinas se entristecerán al saber que fue una revolución sin organización. Todos los que participaron en ella sentían una profunda impresión de responsabilidad personal por las ideas; era un variable pero profundo afán de persuadir. En Washington se tenía la fuerte impresión de que los cargos económicos clave tenían que ser desempeñados por personas que comprendiesen el sistema keynesiano y que estuviesen dispuestas a trabajar para implantarlo" (Galbraith 1972: 57).

Y luego se encontraba Thorstein Veblen, "la principal influencia de aquellos años, después de la de Marshall". Galbraith reconoció en el economista de origen noruego – omitiendo su escepticismo radical- una autoridad perdurable. De Veblen escribió una Introducción para *La teoría de la clase ociosa*; "un comentario vasto e intemporal de la conducta de quienes poseen riqueza o andan en pos de ella y que, aparte de su dinero, carecen de la eminencia que- según suponían- iban a adquirir con él" (Galbraith 2002: vii-xxxvi). En Veblen, por consiguiente, encontraría inspiración a la hora de expresar y difundir su posición teórica:

"Una de mis mayores satisfacciones al escribir proviene de la idea de que mi trabajo quizá consiga fastidiar alguna postura confortablemente pretenciosa; luego se entristece uno al darse cuenta de que las personas con tales actitudes pocas veces leen libros. Sobre esta cuestión incluso hay un teorema" (Galbraith 1982: 43).

Por otra parte, el cuidado del estilo literario en sus escritos fue objeto de particular preocupación. Escritor concienzudo, Galbraith concibió términos que hoy en día están en boca de muchos: "poder compensador", "sabiduría convencional", "sociedad opulenta", "efecto dependencia", "tecnoestructura", "economía del fraude inocente". A veces, no obstante, fue criticado por su perspicacia. "Su estilo tan envidiado, es aforístico, conciso y, sobre todo, burlón. Pero de la misma manera que su prosa magistral obliga a Tawney a frenar la expresión de su indignación, la ironía burlona de Galbraith le obliga al final a evitar todo compromiso moral con respecto a los problemas que plantea" (Heilbroner 1972: 217). Una muestra representativa de dicha cualidad retórica podría manifestarse en este conocido fragmento de *La sociedad opulenta*:

"La familia que hace una excursión en su coche color malva y cereza, con aire acondicionado, conducción asistida y servofreno, pasa a través de ciudades deficientemente pavimentadas, afeadas por los desperdicios, los edificios desconchados y los anuncios junto a postes de conducciones eléctricas que deberían ser subterráneas desde hace ya mucho tiempo. Contemplan un paisaje rural que es casi invisible por obra y gracia del arte comercial (...) Meriendan con unos alimentos exquisitamente empaquetados que sacan de una nevera portátil, a orillas de un arroyo contaminado, y pasan la noche en un parque que es una amenaza para la salud pública y para la moral. Y antes de adormecerse, acostados en un colchón neumático, cobijados por una tienda de nailon y rodeados por el hedor de la basura semicorrupta, pueden reflexionar vagamente sobre la curiosa desigualdad de las mercedes que se les han otorgado. Realmente, ¿es esto el genio americano?" (Galbraith 2008: 221).

EL LENGUAJE DE LA ECONOMÍA

En este sentido, en su ensayo *El lenguaje de la economía* (1962) daba cuenta Galbraith de las tres primordiales acusaciones que - a diferencia de otras ciencias sociales- suele recibir la Economía: oscuridad terminológica, pésima escritura y separación de la realidad. Primero, en relación al aparato conceptual propio de los economistas, al igual que otras profesiones (medicina, abogacía, diplomacia), tal estado de

cosas no debería impedir, a su juicio, un esfuerzo comprensivo:

"Existen fenómenos, ideas e instrumentos de análisis económicos. Todos ellos requieren nombres. No se puede impedir a un especialista serio en la materia que se abstenga de mencionar los números índice, el impuesto sobre las rentas del capital, la función del consumo, los efectos de aceleración, las oscilaciones de la circulación del dinero, la inflación, la programación lineal, el impuesto progresivo, el tipo puro de interés o el Mercado Común Europeo. Ni se le puede pedir que explique estos conceptos. La educación económica es, en gran medida, una introducción a esta terminología y a las ideas que ésta expresa. Quien tenga dificultades con estas ideas deberá completar su educación o, siguiendo un camino excesivamente trillado, desentenderse del asunto" (Galbraith 1972: 34).

En segundo término, cuestionaba la imputación a los economistas de ser malos prosistas: "ninguna otra disciplina ajena a la literatura o a las artes ha poseído escritores más distinguidos". Galbraith expresaba así la clave de un texto persuasivo:

"Un buen escrito, y esto es particularmente importante en una materia como la Economía, debe implicar al lector en la materia que se trate. No basta con explicar. Hay que hacer que las imágenes que están en la mente del que escribe reaparezcan en la mente del que lee, y la falta de esta habilidad es precisamente lo que hace muchos escritos económicos sean tachados, acertadamente, de abstractos" (Galbraith 1972: 36).

A su vez, proponía que en ocasiones el humor fuera señal de la capacidad del economista de desprenderse de su especialidad, teniendo en su opinión, pese a las apariencias, una considerable utilidad científica. "Al estudiar el comportamiento económico, el humor adquiere especial importancia, porque, huelga decirlo, una gran parte de tal comportamiento es sumamente ridículo". Aparte de ciertos pasajes irónicos en su obra académica, no en vano Galbraith fue autor de tres novelas que gozaron de éxito entre los lectores, donde satirizaba el comportamiento económico de los grandes empresarios (*La dimensión McLandress*, 1963; bajo el seudónimo de Mark Epernay); la política exterior estadounidense en Centroamérica (*El triunfo*, 1968); y el mundo de las finanzas bajo la protección de las universidades de élite (*El profesor de Harvard*, 1990). Consideraba que los grandes economistas de lengua inglesa destacaban en esa habilidad humorística. A diferencia de John Stuart Mill, pese a su menor dominio del lenguaje Adam Smith logró explicar convincentemente la división del trabajo por medio de la fabricación de alfileres, un artículo insignificante, pues "si el producto hubiese sido más portentoso, habría competido con el proceso de fabricación". Otra afirmación que a Galbraith le entusiasmaba repetir de *La riqueza de las naciones* era la siguiente: "La tardía decisión de los cuáqueros de Pensilvania de liberar a sus esclavos negros nos demuestra que el número de éstos no podía ser de muy elevado" (Libro 3, capítulo 2). De su admirado Veblen admitía que, al leerle, "tenemos la impresión constante de que se esfuerza en producir efecto". Y de David Ricardo señalaba que "tenía por costumbre sentar vigorosas proposiciones y comentarlas después hasta casi destruirlas", ofreciendo interpretaciones alternativas, dada su contradicción, al igual que Marx. Si bien en el caso de Keynes en 1936, dudaba sobre la legibilidad como exclusivo medio persuasivo en la Economía: "¿Habría tenido tanta influencia un libro sencillo y claramente redactado como el publicado más tarde por el profesor Alvin Hansen (entre otros)?" (Galbraith 1972: 36-42).

Junto a las grandes obras clásicas, el economista norteamericano dilucidó asimismo la complejidad matemática de las principales publicaciones de su tiempo: *Econometrica*, *The Review of Economic Studies*, *The Economic Journal* y *The American Economic Review*. Era la tercera acusación a la Economía: la separación fuera del contexto. Para él, más que un problema en torno al lenguaje de la Economía, se trataba más bien de un problema sociológico. Se trata del deseo natural entre los economistas, del mismo modo que otros especialistas, "de delimitar y salvaguardar la frontera entre sus miembros y los que no lo son". De ahí que Galbraith distinguiese, de una parte, al economista que maneja la política cotidiana. Un

tipo de economista que se preocupa "de la prudencia de un nuevo impuesto o de la necesidad de aumentar un déficit", manteniéndose en la posición más baja, pues "sus logros son valorados, no por sus superiores profesionales, sino por extranjeros. Esto hace difícil adaptarle a la jerarquía profesional y es un buen argumento en favor de su permanencia en el nivel más bajo". Los economistas centrados en la educación, la pobreza o la sociología urbana –decía– quedaban asignados a una posición aún más depreciada, dado que sus logros escapan al juicio comúnmente aceptado. De otra parte, existiría un nivel superior de economistas, un nivel donde "la economía se separa plenamente de las cuestiones prácticas y de la influencia de otros campos de conocimiento, con excepción de las matemáticas y la estadística". El dardo de Galbraith iba dirigido a sus colegas antagonistas. Se trata de una serie de economistas profesionales, en la más elevada posición, "que presentan a menudo proposiciones, para la abolición de empresas o sindicatos, la prohibición de los oligopolios, la imposición de la libre competencia, el desempleo terapéutico, la deflación catártica, la eliminación de los Bancos centrales, la derogación de los impuestos sobre la renta, que nada tienen de prácticas, sin que por ello su reputación padezca". "Se prescinde de la capacidad de introducir estas medidas en su contexto político y social. Preocuparte de ello acarrearía el descrédito" (Galbraith 1972: 45). Planteada dicha diferencia, argüía, lo realmente importante en esta cuestión debiera ser la actitud del profano respecto a los escritos económicos coetáneos. Escritos que acaso en su vértice más elevado carecen de gran importancia en la vida real, aunque un desconocedor cultivado no hará reparos a su valor:

"Nada de esto excusa a nadie de dominar las ideas básicas y la terminología fundamentales de la economía. El profano inteligente debe también esperar tropezarse con buenos economistas que son escritores difíciles, aunque algunos de ellos hayan sido muy buenos escritores. Debe saber, además, que, al menos para unos cuantos hombres grandes, la ambigüedad en la expresión fue un factor positivo. Pero, aparte de estas excepciones, puede pensar sin temor que, en Economía, lo que es absolutamente misterioso carece probablemente de importancia" (Galbraith 1972: 47).

EL PODER Y EL ECONOMISTA ÚTIL

La Gran Depresión de 1929 permitió a los institucionalistas (Commons, Mitchell, Ayres, Means, etc.) aplicar su pensamiento a la política, aunque "debido a su ingenuidad sobre los métodos de la vida del poder, estaban destinados al fracaso" (Seligman 1967: 304). Tras la crisis económica llegó la guerra, y con ella la agenda institucionalista quedó barrida. A Galbraith no le ocurriría eso. Bajo inspiración vebleniana, conservó el espíritu humanista del viejo institucionalismo, aunque empleando a fondo la "caja de herramientas" keynesiana. La controversia fue pronto un leitmotiv en su vida, interesándose por la táctica y la estrategia de la polémica. A ésta dedicó un temprano ensayo (*La economía y el arte de la controversia*, 1955), donde advertía que "la capacidad de la economía para encender polémicas continúa siendo todavía grande" (Galbraith 1960: 9). "Cuando se vea uno atacado, debe replicar con rapidez y energía. Esto es vital. La historia enseña que muchos se atreven a atacar impunemente a los académicos – apuntaba– en la creencia de que éstos no pueden reaccionar de manera peligrosa" (Galbraith 1982: 73).

Como presidente de la American Economics Association (AEA) su discurso de aceptación (Toronto, diciembre de 1972) versó sobre *El poder y el economista útil*. Galbraith procuró que el poder desempeñase un papel importante en el conjunto de las motivaciones económicas. Experiencia en puestos relevantes del gobierno no le faltaban, escribiendo después una obra ceñida al tema (*La anatomía del poder*, 1983). En aquella ocasión, dio la oportunidad a Joan Robinson de pronunciar su famosa conferencia *La segunda crisis de la teoría económica*, dictaba en los albores de la estanflación de los años 70, y que incluso claros oponentes suyos como Arthur Okun y Gottfried Harberler participaran activamente en las sesiones (Parker 2005: 478-485). El discurso del a la sazón presidente de la AEA- institución fundada por el reformista Richard Ely-, posiblemente es la quintaesencia de su pensamiento. En dicha alocución se mostraba disconforme con

los fallos de la síntesis neoclásica a la hora de aportar soluciones útiles a los problemas económicos de la sociedad moderna, pues "lleva a la solución errónea del problema microeconómico y a ninguna solución del problema macroeconómico". Para Galbraith una de las debilidades del neoclasicismo (desempleo, inflación persistente) residía en la elusión del poder como objeto de estudio dentro de la economía. De este modo, la teoría neoclásica elimina, a su juicio, cualquier relación con el mundo real. En una época en la que en los Estados Unidos dominaban no menos de dos mil grandes corporaciones empresariales cuya autoridad superaba al mercado comúnmente entendido, Galbraith delimitaba de manera contundente, ante esa tesitura, la posición que debiera ocupar la disciplina económica:

"Dado que el poder interviene en forma tan total en una gran parte de la economía, ya no pueden los economistas distinguir entre la ciencia económica y la política, excepto por razones de conveniencia o de una evasión intelectual más deliberada. Cuando la corporación moderna adquiere poder sobre los mercados, poder en la comunidad, poder sobre el Estado, poder sobre las creencias, se convierte en un instrumento político, diferente del Estado mismo en su forma y su grado, pero no en esencia (...) Esto no significa que la economía se convierta ahora en una rama de la ciencia política. Ésa es una perspectiva que con justicia debe resultarnos repelente. La ciencia política es también un cautivo de sus estereotipos, incluyendo el del control del Estado por el ciudadano. Además, mientras que la economía rinde pleitesía al pensamiento, por lo menos en principio, la ciencia política reverencia normalmente al hombre que sólo sabe lo que se ha hecho antes. La economía no se convierte en una parte de la ciencia política. Pero la política sí debe convertirse en parte de la economía" (Galbraith 1974: 239).

De la misma forma, ponía en cuestión el monetarismo en alza de Milton Friedman, ya que las restricciones monetarias – manifestaba- afectan en menor medida a la gran empresa que al pequeño emprendedor, puesto que ésta se asegura una oferta de capital "derivada de sus ganancias, o de sus filiales financieras o bancos moralmente obligados". Abogaba, entre otras medidas, por un regreso al control de precios y salarios, y una legislación en favor de la renta básica. Y sobre el deterioro del medio ambiente, un asunto que permaneció constante en su obra, postulaba un argumento conservador. Frente a los economistas que explican tenuemente las externalidades negativas, así como frente a quienes sostienen "que el crecimiento mismo es el villano", la solución estribaría en limitar el crecimiento dentro de medidas que atendiendo al interés público ayudaran a su continuación. Por consiguiente, si se acepta la realidad del poder como parte del sistema económico, Galbraith aseguraba años de trabajo útil para los economistas, dado que éstos habrán de enfrentarse con problemas reales que inspirarán pasión; una pasión que hará quizá hasta útilmente peligrosa la vida de los economistas:

"No defiendo el partidismo en nuestra ciencia económica, sino la neutralidad. Pero aclaremos lo que es la neutralidad. Si el Estado debe emanciparse del interés económico, una economía neutral no negaría esa necesidad. Eso es lo que hace ahora la ciencia económica. Le dice al joven e impresionable, y al viejo y vulnerable, que la vida económica no tiene un contenido de poder y política porque la empresa está seguramente subordinada al mercado y al Estado y por esta razón está seguramente bajo el control del consumidor y el ciudadano. Tal ciencia económica no es neutral. Es un aliado influyente y sumamente valioso de aquellos cuyo ejercicio del poder depende de la aquiescencia pública. Si el Estado es el comité ejecutivo de la gran corporación y del sistema de planeamiento, ello se debe en parte a que la economía neoclásica es su instrumento para neutralizar la sospecha de que así ocurre en efecto. He hablado de la emancipación del Estado del interés económico. Para el economista no puede haber dudas acerca de dónde comienza esta tarea. Comienza con la emancipación del pensamiento económico" (Galbraith 1974: 246-247).

Si su estrategia para alcanzar tal propósito parecía quedar despejada, la táctica a emplear habría de

manifestarse en posteriores escritos. Posiblemente la mejor ocasión al respecto quedaría reflejada en *La economía como sistema de creencias* (1971), un ensayo publicado tras de las críticas recibidas por *El nuevo Estado industrial*. Galbraith constataba la acusación a la Economía de no ser utilizada como una ciencia sino como una fe, como un sistema de creencias, no sólo por parte de los grandes disidentes (Marx, Veblen), sino también por parte de todo el mundo desde la década de 1930, cuando Chamberlain y Robinson introdujeron la tipología de monopolios en la mayoría de los mercados industriales. Hasta entonces, "la teoría de mercado excluía de toda consideración las estructuras de mercado que no pudiesen conciliarse rápidamente con el modelo competitivo de muchos pequeños vendedores". Con todo, "la percepción popular de la escasez iba muy por delante de la acomodación económica teórica". Antes de Keynes, aseguraba, hubo políticos, periodistas y hombres de negocios liberales (su mentor Henry S. Dennison, fue uno de ellos) que sostuvieron que, en periodos de depresión "el Estado debía emprender una acción positiva para aumentar la demanda agregada". Y si las lecciones del pasado sirven para algo, buscaba en dicho ensayo convencer de la sumisión de la soberanía del consumidor a la soberanía de la organización productora, dando cuenta, al mismo tiempo, de su método de persuasión:

"Todas las disciplinas sociales, y tal vez peculiarmente, la economía, se apegan naturalmente al más amplio marco de presunciones dentro del cual operan. Pues, si las presunciones se vuelven anticuadas, lo propio le ocurre al conocimiento que en ellas se apoya. Este interés encubierto se ve reforzado por el papel funcional de las ideas en la eliminación de líneas adversas de pensamiento y de acción. De esto se infiere que resultar peligroso atacar este marco de presunciones desde dentro de la disciplina. El jurado, o su mayoría, es parte interesada. El destino de todos los que atacaron a Say, antes de Keynes, es una buena advertencia

La alternativa es atraer a un público más numeroso y, de este modo, imponer la cuestión a la disciplina. Pues si las presunciones que se atacan son vulnerables –si contradicen visiblemente la realidad– la intuición pública responderá. También responderán los radicales sociales. Y, con estos apoyos, podrá romperse el viejo marco. El empleo de esta técnica trae naturalmente consigo cierta cantidad de malestar profesional. Rebase el sistema por el cual las ideas y las innovaciones se someten a escrutinio y cernido profesionales antes de comunicarse a los estudiosos y al público profano. Al propio tiempo, anula las defensas que protegían el encubierto interés intelectual. A la legítima repudiación de lo primero se suma la afrenta personal provocada por lo segundo. Y uno debe presentar excusas por todas estas irregularidades" (Galbraith, 1972: 67-68).

LA ERA DE LA INCERTIDUMBRE: EL PULSO CON FRIEDMAN

En materia de difusión de las ideas económicas a través de los grandes medios, Galbraith fue un economista pionero, dando en 1966 la primicia de su tesis de *El nuevo Estado industrial* para los oyentes de la BBC a través de las Conferencias Reith en Londres, convirtiéndose en un éxito de ventas: cien mil ejemplares en los primeros meses, y traducción en todos los países industrializados, así como en la Unión Soviética, Hungría, Polonia y Yugoslavia (Galbraith 1982: 581). La propagación de su pensamiento también gozó de otros cauces de comunicación. El Archivo Galbraith, que se conserva en la Librería Presidencial Kennedy, en Boston, atestigua los miles de documentos (correspondencia, artículos de prensa, etc.) y multitud de eventos y conferencias en todo el mundo donde mantuvo un papel protagonista. Entre aquellos, como muestra, los memorándums que elaboró desde India para Kennedy advirtiéndole de la amenaza norvietnamita, o discutiendo con Walter Heller - presidente del Consejo de asesores económicos de la Casa Blanca-, el recorte de impuestos auspiciado por el gobierno demócrata (Holt 2017: 202-209; 335-337).

Por otro lado, la televisión no tuvo secretos para él. Galbraith apareció en once ocasiones desde mitad de la década de 1960 en el show televisivo de máxima audiencia *Firing Line*, dirigido por el periodista conservador William F. Buckley Jr. Empero, su oportunidad principal fue la serie para la BBC *La era de la*

incertidumbre, proporcionando el guion y las ideas, y que rodó en los lugares más dispares del globo (entre ellos, el Archivo de Indias de Sevilla, sobre la cuestión del colonialismo) entre 1974 y 1976, emitiéndose en 1977, y que dio pie al libro homónimo sobre la historia de las consecuencias de las doctrinas económicas (Galbraith 1981). La serie constaba de once capítulos: "Los profetas y la promesa del capitalismo clásico", "La conducta y la moral del gran capitalismo", "La disensión de Karl Marx", "La idea colonial", "Lenin y el gran desprendimiento", "El auge y la caída del dinero", "La revolución de los mandarines", "La carrera fatal", "La gran corporación", "Tierra y gente", "La metrópoli", y "Democracia, liderazgo, compromiso". Éste último episodio de la serie contó con la participación de Henry Kissinger, secretario de Estado; Georgy Arbatov, de la Unión Soviética; Edward Heath, ex primer ministro británico; el politólogo Ralph Darendorf y la editora del *Washington Post* Katherine Graham, entre otras personalidades. De manera exhaustiva, Smith, Ricardo, Malthus, Marx, los darwinistas sociales, Veblen, Keynes y demás sucesores, aparecieron por vez primera ante los telespectadores. En el capítulo dedicado a la gran empresa, Galbraith sintetizaba, a su parecer, la naturaleza profunda de ésta; una de sus líneas de investigación principales:

"La institución que cambia más nuestras vidas es la que menos comprendemos, o, dicho, más exactamente, la que nos esforzamos más en no comprender. Es la corporación moderna. Semana tras semana, mes tras mes, año tras año, ejerce en nuestra vida y en nuestro modo de vivir más influencia que los sindicatos, las universidades, los políticos y el Gobierno. Existe un mito corporativo, cuidadosa y asiduamente divulgado. Y existe una realidad. Ambas cosas guardan poco parecido. La corporación moderna vive en suspensión entre la ficción y la realidad" (Galbraith 1981: 223).

La difusión de *La era de la incertidumbre* por la pequeña pantalla, durante el mandato del laborista James Callaghan, preocupó a los líderes tories en la oposición. Keith Joseph, William Whitelaw, Geoffrey Howe y Margaret Thatcher eran conocedores del ascendiente que Galbraith tenía en la opinión pública como economista e intelectual. La respuesta a cargo del establishment conservador angloestadounidense no se hizo esperar. Fue la creación de un "poder compensador": la serie televisiva *Libertad de elegir*, que Milton Friedman realizó entre 1978 y 1979 (Chirat 2018: 40-44). El programa, que constaba de diez capítulos, emitiéndose por el norteamericano Public Broadcasting Service al año siguiente, generó el conocido libro de análogo título (Friedman 1983). Con anterioridad, el líder de la Escuela de Chicago había formulado una crítica frontal a la obra galbraithiana en un opúsculo para el Institute of Economic Affairs, acompañado de un panel de colegas (Jewkes, Demsetz, Solow y Meade) en la misma dirección (Friedman 1977).

Pese a cierta apariencia inicial, el favor popular entre las dos series televisivas antagónicas se decantó por Friedman. Los recursos expresivos audiovisuales empleados en ambas fueron un hito en la transmisión de las ideas económicas contemporáneas. El talento estilístico cabe atribuirlo en mayor grado a la producción de Galbraith. El sentido de la oportunidad política habría que asignarlo a Friedman. Éste ganó la partida: su tono dialectico resultó ideológicamente más combativo que el del profesor de Harvard. Además, diversas asociaciones simpatizantes de Friedman adquirieron copias del documental repartiéndolas de manera gratuita entre las universidades, facilitando así la propagación de su mensaje (Burgin 2013).

A la hora de entender el duelo Galbraith-Friedman, cabría situarlo como dos versiones de la realidad económica dentro de un contexto determinado (Breit 1984: 18-29). Los dos científicos sociales trabajaron dentro de su propia tradición, ofreciendo una nueva manera de organizar la experiencia. La pregunta correcta no estribaría acaso en cuál de las dos versiones es la cierta, sino más bien cual se inscribía dentro de su propio marco de referencia. Las interpretaciones galbraithiana y friedmanita corroboran dos maneras de entender el papel del Estado dentro de la economía, advirtiéndose que, visto el panorama político-económico a mitad de la década de 1970, la segunda veía aminorar su predominio.

CONCLUSIÓN

La vida y la obra de Galbraith alcanza en la actualidad una bibliografía extensa, destacando una biografía canónica (Parker 2005), así como varios estudios analíticos que sistematizan con distinta intensidad sus aportaciones a la ciencia económica (Dunn 2011) (Stanfield 2011). Se ha dicho de Galbraith que fue el "Sísifo de la socialdemocracia". A diferencia de Keynes y Friedman, no propuso una doctrina que pusiera a trabajar a una generación entera de economistas (Bradford deLong 2005). Igualmente, se ha reconocido la existencia de un *Galbraithproblem*. No era un académico de pupitre. La mayor parte de su conocimiento procedía de múltiples fuentes de información, entre ellas las conversaciones que mantenía con numerosos actores económicos, políticos y sociales. En suma, una forma de razonar en acción. Después, recurría a dicho reservorio mental para comunicar sus ideas bajo un estilo fluido. De ahí que ese patrón de trabajo explicase hasta cierto punto lo que otros consideraban lapsus académicos (Adams 1984). Que el sitio de Galbraith en el pensamiento económico dependa de que sea considerado o no un pionero de la teoría del capital humano - antes de Becker y Schultz- dado sus trabajos sobre desarrollo económico; o bien que Galbraith argumentase con mayor o menor fortuna sobre la inconveniencia de medir el progreso humano sólo a través del PIB, no habría de ser obstáculo en aceptar la defensa galbraithiana de las compañías multinacionales como una relevante contribución a la teoría de la firma (Dunn 2005). Pugnando frente a la "sabiduría convencional", es decir, frente a la aceptabilidad social de los principios de la economía neoclásica, un tipo de sabiduría cuyo enemigo no son las ideas contrarias sino la marcha de los acontecimientos, puede afirmarse que John Kenneth Galbraith llegó a convertirse en un economista con un objetivo público.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, John (1984): "Galbraith on economic development", *Journal of Postkeynesian Economics*, vol. 8, n. 1, pp. 91-102.
- Bradford deLong, J. (2005): "Sisifus as SocialDemocrat. The life and legacy of John Kenneth Galbraith", *Foreign Affairs*, vol. 84, n. 3, pp. 126-130.
- Breit, William (1984): "Galbraith and Friedman: two versions of economic reality", *Journal of Postkeynesian Economics*, vol. 8, n. 1, pp.18-29.
- Burgin, Angus (2013): "Age of certainty: Galbraith, Friedman, and the public life of economic ideas", *History of Political Economy*, vol. 45, n. 1, pp. 191-219.
- Chirat, Alexandre (2018): "When Galbraith frightened conservatives: Power in Economics, Economists' Power, and Scientifity", *Journal of Economic Issues*, vol. 52, n. 1, pp. 31-56.
- Dunn, Stephen (2005): "John Kenneth Galbraith and the Multinational Corporation", *Challenge*, vol. 48, n. 2, pp. 90-112.
- Dunn, Stephen (2011): *The Economics of John Kenneth Galbraith. Introduction, Persuasion, and Rehabilitation*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Dunn, Stephen P. y Pressman, Steven (2007): "The lasting economic contribution of John Kenneth Galbraith, 1908-2006", *Journal of Post Keynesian Economics*, vol. 29, n. 2, pp.179-190.
- Friedman, Milton (1977): *Friedman on Galbraith*, Londres: Institute of Economic Affairs, Londres.
- Friedman, Milton (1979): *Libertad de elegir*. Barcelona: Orbis, 1983
- Galbraith, John Kenneth (1955): *La economía y el arte de la controversia*. Barcelona: Ariel, 1960.
- Galbraith, John Kenneth (1958): *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel, 2008.
- Galbraith John Kenneth (1971): *Economía y subversión*. Barcelona: Plaza y Janés, 1972.

Galbraith John Kenneth (1974): "El poder y el economista útil", *El Trimestre Económico*, n. 161, pp. 231-247.

Galbraith, John Kenneth (1973): *La economía y el objetivo público*. Barcelona: Plaza y Janés, 1975.

Galbraith, John Kenneth (1977): *La era de la incertidumbre*. Barcelona: Plaza y Janés, 1981.

Galbraith, John Kenneth (1981): *Memorias. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Grijalbo, 1982.

Galbraith, John Kenneth (2002): "Thorstein Veblen y la teoría de la clase ociosa", Introducción a Veblen, Thorstein [1944]: *Teoría de la clase ociosa*, México: Fondo de Cultura Económica.

Heilbroner, Robert L. (1972): *Entre capitalismo y socialismo*, Madrid: Alianza Editorial.

Holt, Richard P.F. (2017): *The selected letters of John Kenneth Galbraith*, Nueva York: Cambridge University Press.

Parker, Richard (2005): *John Kenneth Galbraith: his life, his politics, his economics*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

Parker, Richard (2004): "The legacy of John Kenneth Galbraith", *Challenge*, vol. 47, n. 2, pp. 81-89.

Seligman, Ben B. (1962): *Principales Corrientes de la ciencia económica moderna*. Barcelona: Oikos-Tau, 1967.

Stanfield, James Ronald y Jacqueline Bloom Stanfield (2011): *John Kenneth Galbraith*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, Reino Unido.